

EL SPUTNIK EN EL CÓMIC

Miquel Barceló

La atareada vida que llevo (¿sufro?) no hace fácil que me acuerde *a priori* de determinadas efemérides. Ni siquiera, y eso es lo grave, de las verdaderamente históricas. Pero, afortunadamente, cuando el hecho es realmente relevante la prensa suele acudir en mi auxilio y, al menos *a posteriori*, recordarme mi imperdonable olvido.

Viene esto a cuento del cincuenta aniversario, el pasado cuatro de octubre pasado, del lanzamiento del primer *Sputnik* que iniciaba lo que se llamó la "carrera por el espacio", y que deseo fervientemente sea recordada en el futuro, simplemente, como los primeros pasos de nuestra especie fuera de la Tierra.

En este caso, además de la prensa general, como no podía ser de otra manera, esta revista dedicó precisamente su número 100 a recordarnos, entre otras cosas, el inicio del viaje del ser humano por el espacio. Señal que Alfonso, aun teniendo una vida tan atareada o más que la mía, tiene mejor memoria... y ejerce mejor su labor.

En realidad, el recuerdo que quiero compartir con ustedes en esta *Paradoja* se asocia mejor con el segundo de los *Sputnik*, lanzado al espacio a principios de noviembre de 1957, el que llevaba en su interior a la perrita Kudryavka a la que el mundo conoció después como Laika. Una perrita condenada a muerte ya que no se habían previsto procedimientos de recuperación.

El niño que yo era entonces (8 años, a punto de cumplir nueve como decía con orgullo entonces...), mirón empedernido de la páginas de fotograbado de *La Vanguardia*, se sintió, imagino que como todos lo niños que se enteraran del hecho, más bien apesadumbrado por la trágica suerte de esa perrita.

Afortunadamente, en poco tiempo la ciencia ficción acudió al rescate de esa pena...

Ocurre que ese niño era también coleccionista y devoto lector de los "tebeos" de Flash Gordon que, en aquel entonces, publicaba en España la Editorial madrileña Dólar en su Colección Héroe Modernos (junto a El Hombre Enmascarado, Ben Bolt, Mandrake el Mago, Rip Kirky y un largo etcétera que generaban grandes tensiones para la reducida capacidad económica de mi "paga semanal"...).

El Flash Gordon de la época era el de Dan Barry menos barroco que el de Alex Raymond, mucho más realista y, también, con gran interés en divulgar la entonces incipiente exploración del espacio.

En las tiras diarias del 6 de febrero al 14 de marzo de 1958, la aventura de Flash Gordon (y su eterna novia Dale Arden) transcurre en la Luna, en su lado oculto donde descubren una extraña estructura oculta, son atacados por robots y sometidos, con riesgo de su vida, a un test de inteligencia o conocimientos: saber que el número pi está relacionado con la figura geométrica de un círculo y recordar el lugar que ocupan en la tabla periódica el oxígeno y el nitrógeno, los gases más abundantes en nuestra atmósfera. Superada la prueba, Flash y Dale se encuentran con una perrita que Flash reconoce inmediatamente como la Laika del *Sputnik-2*.

La explicación es sencilla: unos extraterrestres han salvado a Laika de una muerte segura pero han quedado sorprendidos de que, en realidad, fuera un animal tan poco inteligente. ¿Cómo podía ser, se preguntaban, que seres perrunos como Laika pudieran haber lanzado un artefacto como el *Sputnik* si demostraban tan poca inteligencia y escasas capacidades manipulativas?

La sorpresa de los extraterrestres es lógica: ellos mismos tienen forma perruna y encontrar otro ser vivo de su misma forma y con escasa inteligencia despierta en ellos todo tipo de preguntas.

Evidentemente todo se aclara: Flash Gordon lo explica y los extraterrestres, Flash y el niño que era yo entonces aprenden de una vez para siempre que no hay que juzgar por las apariencias. El fondo (la inteligencia) acaba siendo mucho más importante que la forma (perruna o humana).

Y el niño que yo era aprendió también con ese "tebeo" que saber matemáticas o química te podía tal vez salvar la vida algún día y, al menos por unas noches, pudo soñar en que Laika, nuestra involuntaria exploradora espacial, no estaba muerta... Unos recuerdos y un aprendizaje que, puedo garantizarlo, han resultado imborrables.